

Del horror como infancia

Crecimos en la guerra

PILAR LOZANO

Panamericana, Bogotá, 2019, 182 pp.

ESTE ES un libro difícil de leer. No por su escritura, que es una muestra destacada de periodismo narrativo riguroso y contundente, sino por el tema que aborda. Las siete historias que lo conforman son una ruta dolorosa, en espacio y tiempo, de las secuelas que el conflicto armado de Colombia ha dejado en los niños, niñas y adolescentes de todas las regiones del país. Son, también, una demostración de la guerra en su conjugación más desgarradora y delirante: el miedo, la tragedia y el trastorno que deja de por vida la violencia cuando se padece en la infancia y la adolescencia.

En otras palabras, estamos ante un relicario de niñas y niños traumatizados por los sucesos más crueles. Y, solo por eso, sus relatos son una lectura universal, que tal vez debería ser obligatoria para las generaciones de colombianos actuales y futuras. Fueron escritos entre 2002 y 2005, publicados por separado en su mayoría en el diario *El País* de España, del cual la autora, Pilar Lozano, fue corresponsal durante 23 años, y sus protagonistas han pasado por lo indecible: reclutamiento, desplazamiento forzado, amputaciones, atentados terroristas, amenazas de muerte, orfandad, combates con armas, rechazo social, supervivencia extrema, ruina, persecución...

Esa combinación (guerra-violencia-niños) es una fórmula en la que el periodismo puede caer –y ha caído–, fácilmente, en áreas oscuras del oficio, que van desde la cursilería hasta el amarillismo. Pero este no es el caso de *Crecimos en la guerra* y eso hace aún más afortunada y pertinente su publicación. La autora, tal vez también por su experiencia como escritora de literatura infantil o coordinadora de programas nacionales de promoción de lectura, tiene una sensibilidad especial con la que sabe abordar tanto a los personajes, que le abren las puertas de sus casas, sus vidas y sus memorias, como a la forma en que cuenta sus historias.

Por un lado, sobresale la sencillez que domina el desarrollo de los relatos. Los hechos son puntuales, descriptos con sobriedad, recurriendo a una adjetivación mínima y llamando las cosas por su nombre, sin evasiones, metáforas, eufemismos o figuraciones. Aporta también a la fluidez de los relatos la brevedad con que la autora hace un repaso del contexto social de los hechos, a veces solo mencionándolos una vez y de manera muy general. Podría decirse que esas explicaciones mínimas conllevan un reduccionismo del fenómeno histórico, pero es clara la intención que da toda validez a tal decisión: estas son historias de las víctimas, no de los victimarios, ni de los sistemas, los adultos y las guerras siempre ajenas que las dejaron a la deriva.

En esa vía también se resalta la mayor cualidad de Pilar Lozano para contar las historias de estos pelados, devastados por la borrasca sin sentido de la violencia, y es una que no se enseña: su habilidad para congraciarse con ellos. No es que se mencione el hecho, pero es evidente: mucha comprensión, empatía, paciencia, carisma y constancia debe tener un periodista para que una persona le dé acceso a los confines de su existencia, y sin duda, el nivel de complejidad debe aumentar cuando se trata de una población tan específica, marcada y condenada como –recuérdese– los niños en medio de la guerra.

Esa confianza que gana el periodista conlleva una responsabilidad, que por lo general es dar su justa medida a la historia que se le ha confiado, y la autora lo hace con una altura significativa, trazada por un estilo que parece marca personal: el acto deliberado de no subestimar la persona que es cada niño de estas historias. Lejos está Pilar Lozano de esa tendencia desafortunada y manida presente en el periodismo, de infantilizar a los niños según las ideas que tienen los adultos de lo que es ser niño y que, por lo general, son una edulcorada y sobreactuada versión de lo que, creen, es la ternura, la inocencia, la ingenuidad más graciosa y ocurrente.

No, eso no pasa aquí. El camino que toma *Crecimos en la guerra* es el de mirar a los niños, en gran parte, como a iguales, es decir, sin subestimarlos:

personas con libre albedrío, con criterio propio, con inteligencia y capacidad de análisis para entender su realidad, aunque a veces esta los desborde. Con poder de tomar decisiones en medio de las dificultades y las circunstancias; con fragilidades, anhelos e ilusiones; con vocaciones, razones, victorias y derrotas propias. Son personas, no personitas, ni pequeñines, ni angelitos, ni picarones, ni traviesitos.

Y aun así, tal vez justamente por eso, golpean como un remordimiento las palabras que van contando la realidad de base de estas historias: de principio a fin, todos los protagonistas son niños que no han tenido tiempo de serlo y, aun así, rebuscan la oportunidad que se les arrebató para lograrlo. Sí, son personas, pero sin duda son las personas que nunca debimos abandonar y, aun así, abandonamos. Y la mejor, tal vez la única forma de entenderlos es dándoles una voz propia, sin miramientos ni juicios, como lo hace este libro, en el que ellos cuentan sus versiones, sus mundos y sus visiones, con una escásima intervención de los adultos.

Esa mirada es, sin duda, el mayor aporte que hace Pilar Lozano con esta recopilación de crónicas. Más que una lección del oficio, es una lección de humanidad. Porque, desde luego, es desafortunado que estos relatos hayan tenido lugar y, peor aún, que a punto de cumplirse casi veinte años de su publicación inicial tengan mayor vigencia, como si hubiesen sido escritos ayer, porque la realidad de nuestro conflicto parece no acabar. La deuda de Colombia como Estado, nación y sociedad con las víctimas es impagable, sobre todo con la niñez y las juventudes, y un primer paso que demuestra la voluntad de enmendar ese daño es escucharlas, darles un lugar para sus memorias. Hay que tener carácter y estómago para leerlas y, sobre todo, para escribirlas, como lo ha hecho la autora. Nadie dijo que sería fácil.

Adrián Atehortúa